

peso de la prohibición del incesto y de las leyes sociales obligan a reprimir una de esas pulsiones, la que *sólo* produce goce. Lo cierto es que tener que demostrar que se es todo un hombre o toda una mujer (sin la menor mezcla del sexo contrario) es una preocupación y una actividad neuróticas, excluyentes, esclavizadoras, tiránicas y titánicas. La moda unisex ha triunfado porque el género humano estaba harto de tener que demostrar eso, precisamente: su género. Yo recuerdo, por ejemplo, que de pequeña, me habían prohibido silbar, con las ganas que tenía yo de silbarme un valsecito o un carnavalito. ¿Por qué me habían prohibido silbar? Porque no era femenino. Deduje que no bastaba con el aparato genital para demostrar la femineidad de alguien. Es una conclusión tremenda: la biología no es suficiente para determinar el género de una persona. Entonces, ¿cómo y de qué manera se determina? Con una cantidad de prohibiciones neuróticas. No silbar, no fumar, no usar pantalones, no sentarse con las piernas separadas, no cruzar las piernas, etc. (Lo femenino siempre se ha definido por la prohibición. En cambio, lo masculino, por la permisividad: fumar, usar pantalones, cruzar las piernas, jugar al fútbol, machacar, etc.) El feminismo ha dado un paso grande al liberar a las mujeres de muchas leyes castradoras.

—*Tanto en su libro de cuentos Los museos abandonados como, especialmente, en el último que ha publicado, Desastres íntimos, los ritos del cuerpo, las fantasías amorosas y eróticas emergen desde una perspectiva tan transgresora que el lector más abierto y permisivo no puede menos que sentir una intensa perturbación, lo que, por supuesto, hace que su literatura rompa tópicos y circule por derroteros poco transitados hoy en día. En este sentido, ¿se da usted cuenta de que está diciendo lo que muy poca gente quiere oír o, en su defecto, leer?*

—Cualquiera que lea la página de avisos clasificados de un diario (incluidos los diarios de provincias) podrá encontrar los deseos eróticos de mis personajes: fetichistas, sadomasoquistas, travestidos, etc. El erotismo empieza con la imaginación, es decir, con la independencia del cuerpo, de la biología. A mí no me interesa el sexo, sino el erotismo, y a mis personajes también. «Hacer sexo» me parece una expresión verbal horripilante, tan horrible como el acto que imagino. El sexo no se hace: se sueña, se inventa, se imagina, se supera, se trasciende, se olvida, se cambia, se transmuta. El erotismo es al instinto sexual lo que el *bel canto* al grito. Los instintos nada tienen que decir en la cultura. La cultura es una invención del ser humano; el instinto, un mecanismo de supervivencia. No estoy segura de

que los lectores no quieran leer estas historias. Al fin y al cabo, aún en época de crisis económica, los establecimientos dedicados a vender las fantasías sexuales de los lectores gozan de muy buena salud. En todo caso, debo confesar que el número de lectores o sus gustos no me preocupan cuando escribo. Escribo lo que creo que tengo que escribir, según mi concepción histórica de la literatura, teniendo en cuenta todo lo que ya se ha escrito y lo que yo misma ya escribí. Ahora bien, soy consciente de que mis textos suelen turbar mucho a los profesores de literatura de las universidades, siempre dispuestos a hablar de una matanza en Izalco, en Chiapas, de la explotación indígena o de la tortura a los presos políticos, pero extrañamente temerosos cuando deben abordar el tema del fetichismo de los personajes, la masturbación o el travestismo, aunque en los institutos de secundaria se repartan folletos que enseñan a manipular un condón o definen la homosexualidad como una opción del deseo. Pero ésta es una clase de información fría, que no deja ninguna huella. Es verdad que un relato sobre una fetichista, si está bien escrito, si consigue emocionar, inquieta mucho más que un tratado de pedagogía sexual. No podemos separar el erotismo de las emociones; por eso mis libros resultan inquietantes. Pero ésa es la finalidad de la literatura.

—*En el cuento «La semana más maravillosa de nuestras vidas», que pertenece al volumen Desastres íntimos, la protagonista comenta: «Sólo la gente que no ha experimentado nunca una verdadera atracción física es capaz de decir que la atracción física es una parte del amor, y no la más importante». Todavía hoy las mujeres anteponen el amor a la atracción física, incluso las escritoras de éxito más atrevidas y escandalosas. ¿A qué se debe que usted afirme lo contrario?*

—Las mujeres *deben* creer en el amor; de lo contrario, no podrían tener hijos. Si no creyeran en el amor de su pareja ¿cómo se atreverían a parir, alimentar, educar, proteger, amparar a sus hijos en soledad? Hay algunas que se animan, en nuestros días, un poco más que en la antigüedad, pero son casos excepcionales. Por otra parte, hasta Freud reconoce que las mujeres subliman espontáneamente a través del amor, como los artistas subliman a través de sus obras. Los hombres tienen mucha más dificultad para sublimar cualquiera de sus instintos. El personaje que pronuncia esa frase, en el relato «La semana más maravillosa de nuestras vidas» no tiene la menor intención de reproducirse, de ser madre, de manera que su deseo no está sublimado. Puede experimentar la atracción física con entera libertad.

—*Las mujeres se quejan muy a menudo de que los hombres no quieren comprometerse en una relación, establecer uniones matrimoniales, etc. En cambio, las protagonistas de sus relatos parecen ser ellas las que no desean verse atadas por vínculos estables. Esto se ve muy claramente en «La semana más maravillosa de nuestras vidas». ¿Se trata de una necesidad de autoafirmarse como individuos en solitario?*

—Creo que la mujer más independiente que he creado es la Aída, de *Solitario de amor*. Se ha casado, se ha divorciado, tiene un hijo al que cría por sí misma y cuando se enamora, no desea casarse otra vez: vive la intensidad del vínculo erótico sin ninguna estructura fija. No busca la estabilidad, sino que se somete a los vaivenes de la pasión. Para decirlo en otros términos, se sitúa, frente a Eros, del lado que tradicionalmente se adjudica al varón. ¿Qué consigue? Que el hombre que la ama se coloque en el lugar opuesto, en el que suele estar la mujer. Es el hombre enamorado de Aída quien desea casarse, tener un hijo con ella, y teme ser abandonado. Las relaciones pasionales son un juego de posiciones (la palabra juego en la acepción más seria del mundo) en virtud del cual basta con que uno de los miembros consiga cambiar de lugar para obtener la contrapartida del otro. La mayoría de los personajes femeninos que describo en mis libros no desean sólo ser objetos de deseo, sino todo lo contrario: quieren ser sujetos de su deseo, dueñas del mismo. No por ello son mujeres «virilizadas». Han superado la distinción de roles tradicional y eligen su posición frente al deseo, la intercambian, juegan con ella. En «Fetichistas S.A.», de *Desastres íntimos*, por ejemplo, la fetichista es una mujer. Aunque el fetichista, como casi todas las «perversiones» (empleo la palabra en su uso psicológico, no moral) suelen ser masculinas, preferí que la fetichista fuera una mujer. No partí de ningún personaje real, pero cuando leí el cuento, en una universidad norteamericana, un profesor me comentó, entre risas, que su amante mujer también era una fetichista de cuellos masculinos. En todo caso, y volviendo a «La semana más maravillosa de nuestras vidas», ambas mujeres viven la pasión amorosa, que es sólo una de las manifestaciones del amor. La absoluta, la más delirante y la más intensa.

—*¿Cree usted, como la protagonista del cuento citado anteriormente, que la pasión dura como mucho tres años, tres meses y tres días?*

—No, es un guiño a los lectores y lectoras, aunque ese lapso suele ser resultado de algunas estadísticas. Yo he tenido pasiones mucho más duraderas.

—*La oscuridad del deseo, su ambigüedad, la pasión y la libertad personal son temas que aparecen una y otra vez en su obra abiertos a la indagación de sus alternativas y alcances. Parafraseando al protagonista de su cuento «Entrevista con el ángel», ¿esta indagación se debe a que no hay cosa peor que amar a alguien cuyo deseo se nos escapa?*

—El deseo del otro o de la otra casi siempre se nos escapa, entre otras cosas porque suele ser inconfesable. No está bien visto, no es de recibo devorar al otro, querer poseerlo hasta la muerte, verlo agonizar lentamente entre nuestros brazos, conducirlo a la locura o a la esclavitud. El amor no está lleno sólo de buenos deseos. Está lleno, además, de deseos de posesión, de deglución, de venganza, de rencor, de celos... El verdadero deseo no osa decir su nombre. Es menos doloroso renunciar, de entrada y de plano, al deseo del otro. Pero eso nos convertiría en monjes budistas.

—*Si la familia es un gueto (en «Entrevista con el ángel» se dice: «¿Hay algo que se parezca más a un gueto que una familia?») y el matrimonio resulta una tumba segura para la pasión, hay en su obra algo que usted reivindica eufóricamente. Para ejemplificarlo, lo haré con una frase de «La destrucción o el amor», también del libro Desastres íntimos, que dice: «A nadie se le ocurre conceder un día de asueto por el motivo más importante del mundo: por una cita amorosa. Por enfermedad, sí, por placer, no». ¿Es el amor, entonces, lo único que nos salva de la destrucción?*

—El instinto de vida es el placer, por eso hay que controlarlo, limitarlo, acortarlo, reducirlo, eliminarlo... Porque el placer es socialmente improductivo. No produce riqueza, no acumula bienes, no edifica casas, no conquista imperios y no cotiza en Bolsa. (Hay un largo discurso acerca de esto en mi novela *Solitario de amor*). Encima, es efímero. Y de una naturaleza tan sutil que si nos excedemos, puede provocar lo contrario: hastío, displacer, vacío. El sentimiento de placer oscila siempre entre la presencia y la ausencia, entre el estar anhelante y el estar saciado, entre el quiero y no quiero. La pasión provoca estrés, pero la falta de pasión provoca depresión. Nos movemos entre estas dos maldiciones.

—*Debo confesarle que hice un pequeño experimento para quebrar la rutina. Transcribí la frase que acabo de citar de su cuento «La destrucción o el amor» y diseñé con ella un cartel. Se lo ofrecí a varios compañeros míos de la oficina y el más joven de ellos mostró tal entusiasmo que colocó el cartel al lado de su mesa de trabajo. Le cuento esto, porque Cortázar*

*decía que él había escrito Rayuela pensando en la gente de su generación y resultó que, al publicar la novela, los más receptivos con respecto a esta obra fueron los jóvenes. ¿A usted le pasa algo similar?*

—Cuando era joven y mis libros eran leídos por gente joven, pensaba que era lógico, que había una correspondencia. Cuando dejé (muy a mi pesar) de ser joven y comprobé que mis libros seguían siendo leídos por gente joven, mucho más joven que yo, pensé que conservaba en mí algo de la juventud perdida. Los jóvenes son más desinhibidos, más valientes, más audaces, tienen menos miedo. Es biológicamente así, y no hay ninguna característica biológica que no se traduzca en un síntoma psíquico.

*—Hoy en día existe la sospecha de que la cultura contemporánea vive un período de despedida, de ocaso, de profundo cambio ante el imparable ascenso, entre otras cosas, de las nuevas tecnologías y de nuevos mercados. En relación con la literatura, los grandes grupos de comunicación están imponiendo formas de vender, formas en el gusto y las preferencias del público, del lector. ¿Cómo ve usted el futuro de las letras y las artes, y de su propia obra, en el marco presente y en el que se avecina?*

—La primavera de 1998 estuve en una pequeña isla, frente a Alicante, llamada Tabarca. Fui a un congreso de literatura hispanoamericana. En Tabarca viven, de manera estable, cuatro o cinco familias, es decir, unas veinte personas. En sus casas hay televisión; sin embargo, no llegan los periódicos. Ninguno de los habitantes se acercó a escuchar las conferencias, ni solicitó ninguno de los libros de los autores representados. Una noche, mientras esperaba el sueño, en medio del magnífico silencio de la isla, me puse a pensar cómo sería una vida sin periódicos, sin libros. (Tampoco hay escuela en el pueblo.) Conocer el mundo sólo a través de la televisión me pareció paranoico: uno puede llegar a pensar que está compuesto por asesinos peligrosos y policías peligrosos, más varios equipos de fútbol, algunas mises y media docena de políticos retóricos. Pero después pensé que mucho peor aún debía ser vivir en una isla sin periódicos, ni libros, ni siquiera televisión. Creo que, en el futuro, la televisión se ocupará fundamentalmente de los «grandes relatos». En el fondo, es un invento decimonónico. Se limita a contar. Cuenta partidos de fútbol, como cuenta debates parlamentarios o crónicas policiales. Todo lo que es interpretación, símbolo, emociones, sentimientos, es y será el ámbito de lo literario. No hay manera de llevar a la pantalla un poema de Baudelaire ni una rima de Bécquer. Tampoco un ensayo de Roland Barthes. En cuanto a Internet y las autopistas de la informa-

ción, no introducen nada nuevo, nada que no existiera antes. Son más veloces, pero perder el tiempo ha sido y será, siempre, una forma de soñar. Y el arte sale del sueño, no de la realidad. Una dosis demasiado fuerte de realidad (de información) puede ser tan indigesta como ninguna.

